

BASES

Este periódico se publica todos los días menos los festivos, repartiendo además, gratis una edición a los obreros.

Oficinas:
Calle Diego de Cádiz, n.º 6
Talleres, en la misma casa.

LA INFORMACION

PARA LOS OBREROS DE LA COMPANIA TRASATLANTICA

SUSCRIPCION

En Cádiz, al mes, Ptas. 1'50.
Provincias, trimestre : 5'00.
Número del día 10 céntimos.
Anuncios a precios módicos, con extensa circulación, por insertarse en las ediciones que en su número se reparten gratis.

El trabajo de la mujer y del niño

Alguien ha dicho que mientras el amor no rija al mundo, las leyes serán duras, molestas e inadaptadas.

Así es.

Aunque se establece que la mujer no debe trabajar en industrias insalubres y en las que se manipulan agentes tóxicos, sustancias que envenenan, la pícaro necesidad de ganar el sustento las obliga a trabajar en ciertas fábricas, en las que sus sensibles organismos se destruyen con rapidez.

Las labores que exigen esfuerzos rápidos y exagerados o imponen posiciones que ocasionan trastornos circulatorios ya sea directamente, ya sea por cansancio muscular, no son para la mujer.

La mujer debe descansar cuando le plazca en su trabajo, debe poder hablar y reír cuando quiera, por eso no se la puede emplear en trabajos rudos corporales, más que cuando trabajan varias juntas o en cosas que les inspiren gran interés.

El amor propio y la utilidad se encargarán de hacerlas activas.

Mucho habrá que luchar todavía hasta conseguir que los dictados de la higiene tengan sanción en el orden penal, sobre todo para esos seres sin corazón que consideran a la mujer sólo como una máquina que produce algunas utilidades.

No; no es bastante que esté escrito en las leyes; es preciso llevar a las costumbres, al común sentir, a la opinión pública, todo lo que es bueno para que sea práctico.

La ley civil establece que el salario es de los hijos; bien está; pero cuando la madre no gana lo suficiente con su jornal, ¿quién obliga al hijo mozo a dar buena parte de su jornal a la madre que le alimenta?

No hay disposición en la ley civil para eso.

El Catolicismo enseña y obliga al hijo a sostener a sus padres, a alimentarlos y reverenciarlos como mejor pueda.

De ahí la importancia de la asistencia de los hijos de familia a la catequesis.

La madre que los manda debe saber que si es católico el corazón de su hijo, ella tiene asegurada la alimentación en su ancianidad.

Todos conocemos esas pobres viudas abandonadas por sus hijos; no tuvieron la precaución de que éstos fueran a la Iglesia, de que aprendieran la Doctrina Cristiana, y hoy sufren pesares que la mejor educación de sus hijos les hubiera ahorrado.

Un poco de Religión en el corazón de sus hijos es como una pensión en su vejez.

J.

Dificultades de la situación

Absorbidos por las preocupaciones interiores—que pocas veces se han presentado con tan abrumadora persistencia—, parece que hemos perdido de vista el que pudiera llamarse conflicto permanente; es decir, el que nos crea la guerra entre Naciones a rivas de España.

Deseosos de mantener estas buenas relaciones de amistad con todas, nuestros Gobiernos, conformes con la opinión, fijaron desde el primer día el criterio de la neutralidad, y a ese criterio han seguido fieles.

La neutralidad ha sido el principio invariable a que se ha ajustado nuestra política internacional.

Mas como las circunstancias van siendo muy variadas, los incidentes complicados y los peligros que la amenazaron y la amenazan de muy distinto orden, puede decirse que el programa de la neutralidad en ejercicio, de la neutralidad de hecho, ha ido variando.

Sólo para quienes vivan en un mundo abstracto, sin idea de la realidad, es algo rígido y perfectamente fijo el papel del neutral.

Sobre las Naciones que se ven libres de la guerra ejercen los hechos un influjo constante, del que no pueden eximirse por su voluntad.

El propósito es hoy ser el mismo, al cabo de tres años de guerra; pero su realización exige algunas modalidades.

Dentro de esta variedad de complicaciones, en la práctica del principio de la neutralidad, que profesamos todos, no hemos estado nunca en situación tan difícil como la que ahora parece iniciarse.

La guerra, lejos de caminar a una solución rápida y definitiva, entra en el cuarto invierno, más enconada y más oscura que nunca.

Con objeto de restablecer el equilibrio, altera lo con el grave golpe inferido al Ejército italiano, los aliados han de aumentar sus esfuerzos e intensificar sus medios de acción.

Necesitarán de todos sus elementos propios, que una vez entrada en la lucha Norte América, son casi los del mundo entero, a fin de terminar la guerra con las armas.

Las reiteradas declaraciones de los hombres de Estado en Inglaterra y en Francia, expresan cómo consideraban agresiva la campaña pacifista, juzgándola como una ofensiva moral, hábilmente organizada por la propaganda de los Imperios centrales.

A los neutrales, que ansiamos la paz, no nos parece eso, pero a ellos sí.

Frente a la fuerza aplicada sobre el primer neutral, sobre Bélgica, por medio de los soldados y de los cañones, han opuesto los aliados la fuerza.

Contra la presión moral y la gestión constante, ejercidas día por día sobre el ánimo de los Gobiernos y de la opinión de los pueblos neutrales, nos tememos que quieran oponer las armas que les presta la posición geográfica y las necesidades comerciales de esos mismos pueblos.

A nuestro juicio, la dificultad de la situación está, en que los últimos incidentes relativos a la guerra submarina y a los torpedeamientos cerca de nuestras costas, no han sido sino continuación de una larga serie de molestias, que no han tenido consecuencias, debido a las buenas relaciones que los aliados mantienen con España.

Desde el principio del verano ha habido sin embargo, en la crónica de los sucesos, incidentes un tanto expresivos.

De esos incidentes, algunos son públicos, otros permanecen todavía inéditos. Hasta en la historia de esta última crisis hay detalles que demuestran el interés de aprovechar todas las ocasiones para trabajar en perjuicio de la causa de los aliados, que en España, hoy por hoy, entendemos es trabajar en contra de la verdadera neutralidad.

Apuntemos como ejemplos las noticias circuladas para hacer creer en la intervención de las Potencias aliadas en las incidencias de la crisis, la supuesta reunión de los embajadores, y la todavía más absurda preparación de un plan para que España entrase en la guerra—«¡Vade retro!»— como refuerzo, después de la debilitación de Italia.

Todas estas propagandas, a las que se prestan periódicos dóciles o convencidos, obedecen a una presión espiritual, política, mejor dicho, que se viene haciendo, y que en realidad no ha sido contenida ni por la intervención de los Gobiernos, que han preferido permanecer ajenos a ella, ni por contrapropaganda alguna.

Esa campaña ha ganado ya algunos pequeños combates, aunque la realidad demuestra que la situación de España en el conflicto mundial deja poco margen a la libre voluntad, y está determinada por razones fatales, geográficas más que históricas, vitales más que morales, y generales, porque la neutralidad la sentimos todos, lo cierto es que una parte de la opinión, influida por la actividad de un grupo de beligerantes, más desprecupados que el otro en cuanto a los medios, no se ha dado cuenta de los verdaderos intereses de España, y mucho menos del sentido de nuestra neutralidad.

De tamer es, a partir de esta nueva fase de la guerra, que unos y otros intensifiquen su acción, y que aumenten las dificultades que nos crea permanecer en esta relativamente cómoda situación.

Conviene estar preparados.

No basta con afirmar una vez más el criterio de la neutralidad, y confiar en que los Gobiernos obedecerán ese criterio y se librarán bien de complicarnos en ninguno de los bandos.

Hay muchos otros peligros que no

son el de la guerra, y que en gran parte podrían evitarse tomando actitudes definidas y caminando juntos, sin perjudicarse mutuamente; el Gobierno y la opinión.

CUENTO

El regreso a Francia

Apenas hubo anclado en el puerto el pailebot, Jaime Dufrech preguntó cuál era el camino del edificio de Correos y se dirigió hacia él, siguiendo la extensa calle que atraviesa todo Gibraltar.

Era aquella la última escala que hacía al regreso de una interminable expedición por las costas africanas, recorridas en compañía de una comisión de sabios y exploradores.

Camina apresuradamente, seguro de encontrar en la lista de Correos carta de su esposa, de su querida y buenísima Gilberta, de la cual hacía más de una semana que no tenía noticia alguna.

No vio su esperanza defraudada; el empleado le entregó una carta e inmediatamente en la misma calle, se apresuró a abrir el sobre.

Eran veinte páginas de letra menuda y apretada, en la cual había puesto Gilberta toda la efusión de su espíritu leal y bondadoso, contando día por día el curso de su hija Enriqueta y expresando la inmensa alegría que experimentaba por la próxima llegada de su esposo.

La carta concluía así:

«Iré a esperarte a Marsella, Jaime de mi alma, y allí me encontrarás tal como me dejaste, nada envejecida, según crees; pero más enamorada que nunca.

No hay para mí mayor felicidad que tu cariño, ni más ambición que la de hacerte dichoso.

¿Quieres una prueba de ello?

Pues ahí va una muy pequeña, casi insignificante:

Apenas recibí tu última carta, he cerrado la puerta de casa para nuestro primo Brocourt.

Tienes mucha razón y tu advertencia me ha hecho abrir los ojos.

Sus visitas iban siendo demasiado frecuentes.

Pero qué quieres que te diga, esposo mío, yo creía que una mujer que ama de veras a su marido se halla siempre a salvo de esos ataques solapados.

Veo que estaba en un error.

He inventado un pretexto, que ahora no hace al caso, y me he negado a recibirle, y, por lo tanto, a acompañarle en la excursión que teníamos proyectada él, Enrique y yo, para ir en automóvil el domingo al castillo de Rambouillet.»

Sintió Jaime que las lágrimas humedecían sus ojos.

La cándida ingenuidad de Gilberta, siempre sencilla y buena, le conmovía.

No sólo le inspiraba su mujer confian-

za y respeto, sino también ese culto que se rinde a los seres de nobles sentimientos y de inmaculada pureza.

Satisfecho y alegre empezó a andar por Gibraltar, paseando por entre los árboles de la alameda, por los jardines de South-Town, y al acercarse la hora de la salida del barco se dirigió al puerto por la larga calle atestada de tiendas.

En una de ellas vió periódicos y revistas extranjeras y compró un diario francés, que desdobló y que empezó a leer atando.

No habría aún andado diez pasos cuando tuvo que sofocar un grito de angustia. Las piernas se le doblaban, el periódico temblaba en sus manos.

Le fué preciso apoyarse en una puerta para no caer, y sus ojos buscaron otra vez en el diario las terribles líneas que le había producido tan enorme conmoción. Las volvió a leer dominado por un espantoso terror:

«Última hora» —Ayer domingo a la caída de la tarde, entre Rambouillet y Crovreuse, el automóvil del señor conde Jorge de Bracourt volcó al hacer un rápido viraje.

El conde de Bracourt murió en el acto. Dos personas que le acompañaban en el auto, la señora de Jaime Dufrieh y su hija, niña de diez años, murieron momentos después.

Jaime entró en una taberna que vió en frente.

Tomó dos copas de whisky y metió la mano en el bolsillo del pantalón donde acostumbraba a llevar el revólver.

No lo encontró. Recordó entonces que se lo había dejado en el camarote.

Salió de la taberna y se dirigió casi corriendo hacia el puerto, sin otra idea que la de morir; pero morir sin perder un momento, sin pensar en nada.

Las horribles palabras de la noticia del periódico le abrasaban el cerebro.

Creía estar viendo los cadáveres de su mujer y su hija, y pensaba en la repugnante traición, en la mentira de la carta que acababa de leer, en la falsedad de tantas protestas de su amor hipócrita y fermentado.

Cuando llegó a bordo había ya embarcado la inmensa mayoría de los pasajeros.

Al pasar entre ellos le pareció que le miraban y que algunos se hablaban en voz baja.

Bajó a su camarote, se encerró en él, empuñó nerviosamente el revólver, lo apoyó en la sien...

Dos horas después, cuando un camarero fué a decirle que la comida estaba servida, abrió Jaime la puerta y fué al comedor.

—Dispensen ustedes la tardanza—dijo a sus vecinos de mesa.

Parecía estar completamente tranquilo. Su rostro no expresaba la menor zozobra, el más leve dolor.

Su presencia produjo un silencio angustioso.

Todos contemplaban con asombro a aquel hombre que acababa de saber la muerte de su mujer y de su hija, y que demostraba tan extraordinaria sangre fría.

No podía obedecer a que ignorase la noticia; todos le habían visto entrar con el periódico francés en la mano, y además, su aspecto extraño en aquel momento, su palidez y sus ademanes vio-

lentos, era prebable que había leído el suelto.

¿Como era, por lo tanto, posible que pudiera dominar su pena hasta aquel punto y ocultar su herida con tan aparente indiferencia?

Por la no he guardó la misma actitud, e igual ocurrió al día siguiente.

Apareció con menos frecuencia y casi siempre permaneció encerrado en su camarote, pero al unirse a sus compañeros de viaje, mostraba el buen humor de siempre, y su conversación parecía tan natural, que no era posible admitir en él la menor afectación.

Además, ¿qué necesidad tenía de fingir?

Todos conocían sus buenos sentimientos y todos recordaban con qué cariño hablaba siempre de su mujer y de su hija, con qué orgullo enseñaba a todo el mundo sus retratos. No era aquél un cariño que pudiera extinguirse en un momento.

Lo natural era aumentarse con la repentina desgracia.

¿Y, qué desgracia más horrible podía haber, que la de aquella catástrofe, sabida así tan lejos y dada por casualidad por un periódico que se compra al azar?

Par cen interminables las últimas horas del viaje.

Por fin, se divió la costa de Francia. Marsella se fué precisando en el horizonte.

Durante aquellos conmovedores momentos de la llegada, permaneció Jaime invisible.

Los marineros subieron su equipaje a cubierta y por ellos se supo que permaneció echado, en la litera, vuelto de espaldas y en profundo silencio.

El paquebot entró en el puerto, yendo a atracar a uno de los muelles.

Mil pañuelos se agitaban en el aire, infinidad de mujeres y de niños, corrían llenos de alegría.

Los pasajeros que más habían intimado con Jaime durante el viaje, esperaban impacientes a que éste saliese de su camarote.

Hasta llegó a haber entre ellos un momento de inquietud, como si temiesen que en aquel instante hubiese tomado una resolución desesperada.

Uno de ellos bajó, a instancias de los demás, a buscarle.

—¿Sale usted, Dufrieh?

—Sí, ahora mismo.

Al llegar al puente aceptó el brazo que le ofrecía su compañero, y éste sintió que Jaime se apoyaba en él pesadamente.

—Sosténgame usted—que me caigo—le dijo en la pasarela.

Pero de pronto soltó el brazo en que se apoyaba, y como si obedeciese a un impulso irresistible, levantó la cabeza con altivez y empezó a gritar:

—¡Gilberta!... ¡Enriqueta!

Una mujer y una niña corrieron hacia él a través de la multitud.

Jaime se precipitó hacia ellas, las estrechó contra su pecho con efusión de loca alegría, y exclamó:

—¡Gilberta!... ¡Mi Gilberta del alma! ¡Ah! ¡Ya sabía yo, Gilberta querida!

Todo el mundo miraba aquel grupo y los pasajeros no podían comprender aun quiénes eran aquellas dos mujeres que Jaime estrechaba entre sus brazos con tanta exaltación.

—¡Gilberta!... ¡Gilberta!—repetía sin cesar.

Ella notó que su marido estaba llorando, y adivinando la causa de aquellos lágrimas, le dijo:

—¡Jaime!... ¡Jaime! Tengo la seguridad de que has leído ese dichoso periódico.

—Sí.

—¿Y has creído que éramos nosotras dos las víctimas.

—No; no lo he creído.

—¿Cómo!

—No; puesto que antes había leído la carta en que me prometías no volver a ver a Jorge de Bracourt y no ir con él en el automóvil.

—¿Y has tenido tanta confianza en mí?... ¿A pesar del suelto... de los nombres?

Y entonces fué Gilberta la que se sintió dominada por una emoción inmensa. Y, sin apenas poder hablar, explicó lo que había ocurrido.

—Ha sido una equivocación...

Las dos mujeres eran nuestras primas Dufrieh...

Jorge las invitó a última hora...

Sólo un periódico se ha equivocado diciendo que era la señora de Jaime Dufrieh...

Cuando me enteré era ya tarde para telegrafiarle...

¡Dios mío, cuanto debes de haber sufrido!

—No he sufrido nada.

No tenía derecho a sufrir, puesto que tenía tu carta en mi poder.

Yo te conozco y sé que eres incapaz de mentir.

No; no lo he creído Gilberta... me hubiese sido imposible poder creer semejante cosa de ti...

Callaron ambos con las manos entrelazadas.

No hay palabras que puedan expresar aquel momento de emoción.

Temblaban de felicidad.

Ambos se sentían, por la virtud de su amor, más fuertes que el destino, más grandes que la desgracia, más potentes que la muerte misma.

Y en medio de aquella multitud que los rodeaba, sentían deseos de caerse de rodillas y de romper en llanto.

MAURICIO LEBLANC.

NOTICIAS VARIAS

Sobre el estreno de «Un Coronel»:

Al salir el autor a la escena, de uniforme con sus condecoraciones, viendo el cariño con que fué recibido, pues todos aplaudían, incluso las señoras, saludó al público diciendo:

«Respetables autoridades; bellísimas señoras y señoritas; ilustres cónsules extranjeros; noble pueblo gaditano: Os doy expresivas gracias por vuestros aplausos. Mejor que yo los merecen estos modestos y excelentes artistas, que interpretaron mi obra de un modo admirable. Podéis contar con un gaditano más.»

En Junta celebrada el 26 del pasado por la Representación general de Retirados por Guerra de España, en Barcelona, acordaron reiterar su adhesión a la Junta de Defensa del Arma de Infantería y nombrar presidente honorario al que lo es de dicha Junta, coronel don Benito Márquez.

Siendo más de 2 000 los retirados por Guerra adheridos a la Junta de Defensa, constituyen un apoyo de importancia para la meritoria obra que ésta persigue.

En La Línea de la Concepción fueron detenidos por la Guardia civil los individuos Andrés Barroso Durán y Francisco Berenguer Andrades, los cuales conducían el primero tres cerdos y el segundo ocho con destino a Gibraltar, sin tener autorización para ello.

También detuvo dicha fuerza en Vejer de la Frontera a un individuo por hurto de una piel.

En El Gastor fué detenido el natural y vecino de Jimena José de Lachica Savedra, de oficio molinero por haber herido a su esposa Remedio Vázquez Fuentes. La lesión es de pronóstico reservado.

El Juzgado de instrucción de esta capital cita, llama y emplaza por tercera vez, a los que se crean con derecho a la herencia intestada de Josefa Utrillos Amorote, natural de Eibar, de 66 años, viuda, que falleció en Cádiz el día 15 de Diciembre último, para que dentro del término de dos meses, se personen en forma en los autos a hacer uso del derecho de que se crean asistidos, apercibidos de que se tendrá por vacante la herencia sin nueva citación.

En Setenil han sido proclamados concejales por el art. 29, los señores siguientes:

Don Cristóbal Parra Gómez, don Francisco Gallardo Sánchez, don Pedro Anaya Zamudio, don Pedro Hormigo Vilchez, don Francisco Jiménez Bastida.

El Juzgado de instrucción de San Fernando, llama a Antonio Ríos (a) Berruga, picador de novillos toros, para que dentro del término de diez días, comparezca en dicho Juzgado, a fin de que declare en sumario que se instruye con motivo de lesiones que sufrió en la novillada celebrada en el circo taurino de dicha población el día 23 del pasado mes de Septiembre.

SECCION MARITIMA

Servicio de vapores entre Cádiz, Puerto Real y Carraca

- De Puerto Real para Cádiz: 8 de la mañana y 1'30 de la tarde.
 - De Cádiz para Puerto Real: 10 de la mañana y 2 de la tarde.
 - De Puerto Real para Carraca: 6'30 de la mañana y 2'45 de la tarde
 - De Carraca para Puerto Real: 7'15 de la mañana y 4'45 de la tarde.
- Todos los viajes hará escala en el Di que de la Compañía Trazatlántica.
- Servicio extraordinario para los domingos y días festivos:
- Salidas de Cádiz para Puerto Real.— 10 de la mañana y 3 de la tarde.
 - Salidas de Puerto Real para Cádiz.— 6 y 11'30 de la mañana.

Urberuaga de Ubiña.—Marquina (Vizcaya).—Aguas azoadas. Especiales para las enfermedades del aparato respiratorio.—Pidanse memorias y guías. Se remiten gratis.—Servicio de automóviles desde la estación de Dava.